

## NOTA EDITORIAL

Con frecuencia es posible constatar en el análisis político español dos hábitos poco provechosos para el mejor conocimiento e interpretación de los hechos fundamentales. El primero consiste en deslizarse hacia razonamientos sistémicos, atávicos o culturales cuando se ve frustrado un proyecto, de manera que los acontecimientos concretos –por ejemplo, un resultado electoral– no pasarían de ser simples manifestaciones de corrientes sociales profundas y antiguas o de defectos del sistema que, se hiciera lo que se hiciera y se dijera lo que se dijera, lo iban a arrastrar todo igualmente, siempre en la misma dirección: “Las cosas han pasado como han pasado porque no podían pasar de otra manera”. De esta forma se elude la reflexión crítica sobre las decisiones adoptadas, las estrategias elegidas y las personas directamente implicadas y se predisponen el escenario y el discurso para el desistimiento y la perpetuación del *statu quo*.

El segundo hábito, de sentido contrario al anterior, consiste en rechazar cualquier consideración ponderada sobre los contextos sociales, económicos y políticos en los que se suceden los acontecimientos, para dejar expedita la vía de la descalificación abierta de las personas y de su comportamiento. Si se ha fracasado –se viene a decir– ha sido porque alguien ha echado a perder lo que tenía al alcance de la mano, de manera que solo su propia impericia permite explicar “su” fracaso. Pero las personas no trabajan nunca con recursos ilimitados, ni en escenarios a medida, ni con calendarios ideales, ni con información irrestricta. La crítica a sus decisiones y a su rendimiento que prescindiera del contexto conocido, de las circunstancias acreditadas y, en ocasiones, de la necesidad de sobreponerse a lo adverso del terreno, nunca podrá ser justa.

Parece razonable, pues, eludir esas dos actitudes si lo que se pretende es producir una reflexión medida y constructiva. Por una parte, es cierto que la política nunca acontece en el vacío y que siempre operan en ella circunstancias que la condicionan, pero en la medida en que son relevantes en el corto plazo, esas restricciones afectan al conjunto del sistema político y a todos sus actores principales. Así ocurre, por ejem-

plo, con las variables históricas o culturales, los problemas de sostenibilidad del Estado de bienestar derivados de la demografía, la crisis del proyecto europeo, las amenazas a la seguridad global, los fenómenos populistas, el clientelismo, el impacto de las nuevas tecnologías en la comunicación política, los efectos sociales de la crisis económica, etc. Todos estos, entre otros, son factores que realmente afectan a los sistemas políticos, a sus actores y a su rendimiento, pero difícilmente se puede encontrar en ellos la razón de una brusca modificación del peso electoral de un partido político de una convocatoria para otra. La lluvia nunca es en sí misma y por sí sola la causa de un accidente.

En segundo lugar, aun no habiendo logrado sus objetivos, las decisiones siempre pueden tener un contexto que ayude a comprenderlas críticamente; a pesar de haberse revelado inadecuadas en el corto plazo, las estrategias adoptadas siempre pueden admitir explicaciones que permitan entenderlas como producto de una deliberación con cierto sentido; e incluso no habiendo satisfecho las expectativas, las personas siempre pueden dar cuenta de sus actos de una forma que las dignifique y que les permita madurar con la ayuda necesaria.

Es pronto para establecer la profundidad de lo que viene denominándose “crisis del bipartidismo en España”, pero esa crisis, probablemente reversible, es real. El bipartidismo, concepto alrededor del cual gira el análisis político español en los últimos tiempos, inició su declive hace ya una década, aunque la manifestación en las urnas de este fenómeno sea relativamente reciente, sobre todo en el caso del Partido Popular. Desde 2005, el Centro de Investigaciones Sociológicas ha constatado en sus Indicadores del Barómetro una caída constante en la confianza que los españoles han depositado en el “sistema gobierno/oposición”, es decir, una caída en la media de su aprecio declarado por el Gobierno y por el principal partido de la oposición en el periodo 2005-2015. Ese desafecto se profundizó dramáticamente en la legislatura 2008-2011, cuando un parlamento apabullantemente bipartidista y escorado hacia la izquierda no evitó que España se hundiera en la peor crisis económica de su historia reciente. Y tampoco parece que en los últimos años la opinión pública haya percibido una utilidad suficiente en el “bipartidismo de mayoría absoluta” escorado hacia la derecha, lo que lo ha conducido al punto mínimo de toda su historia. El deterioro del bipartidismo ni ha sido súbito ni ha sido simultáneo: se está produciendo desde hace muchos años, afectó primero al Partido Socialista y afecta ahora, además, al Partido Popular.

En realidad, el bipartidismo no ha sido algo deliberadamente pretendido por los españoles –tampoco su crisis– sino el resultado sobrevenido del hecho de que muchos de ellos han votado al PSOE y otros muchos han votado al PP, no necesariamente deseando que también el otro partido fuera significativamente respaldado, y ya no lo hacen en igual medida. Por ejemplo, la debilidad electoral del PP no parecía preocupar demasiado al socialismo en 1989, igual que el colapso del bipartidismo no parecía constituir un problema significativo para el PP en noviembre de 2011. La preocupación por el debilitamiento del bipartidismo puede estar funcionando a modo de eufemismo con el que encubrir el debilitamiento propio de cada uno de los dos partidos, en un claro ejercicio de ese primer hábito político nocivo, de transferencia de responsabilidades al contexto sistémico, sobre el que hemos llamado la atención más arriba. La crisis del bipartidismo terminaría si el PP repitiera sus resultados de 2011, o el PSOE los suyos de 1989.

El distanciamiento de los dos grandes partidos españoles con respecto a su electorado (o, si se prefiere, el distanciamiento del electorado con respecto a los dos grandes partidos) ha sido un proceso probablemente asociado a la percepción generalizada de que el proyecto histórico iniciado en la Transición, que con momentos mejores y con momentos peores, siempre había producido avance social y económico, quedó interrumpido en 2005. El rupturismo sustituyó al reformismo y condujo a una quiebra social y a un retroceso económico que no han sido recompuestos hasta ahora de manera suficiente. Y hay en ello una responsabilidad del socialismo español, no una simple deriva de la historia.

En la última década, España ha alterado significativamente su rumbo histórico, ha exacerbado sus tensiones territoriales y sociales, ha experimentado un severo proceso de polarización inducida, ha perdido un sentido de comunidad y de proyecto común que justificaba la concentración del voto, y no ha faltado nunca quien ha trabajado a conciencia para ensanchar todas y cada una de nuestras líneas de fractura. Durante años, el Partido Socialista ha sido protagonista destacado de este proceso rupturista. Y, simplemente, paga el precio por ello.

Y todo indica también que la respuesta del Partido Popular ante ese destrozo ha podido no ser lo suficientemente incisiva como para evitar que haya quien le dispute el territorio electoral que ocupó en 2011. La percepción de la corrupción ha hecho el resto.

El momento económico es solo una de las variables que convergen a la hora de definir el voto. Y no necesariamente su peso es mayor por el hecho de que los problemas económicos se vayan resolviendo. Es más, puede que en un contexto de mejora de las expectativas económicas tan intenso como el que afortunadamente vivimos, la preocupación por la economía disminuya, y también el interés por quien hace de la gestión económica su principal activo electoral. Un partido que en esas circunstancias de buen ciclo económico asegurado oscureciera el resto de su perfil, facilitaría la transferencia de voto a favor de terceros.

En todo caso, estamos todavía ante fenómenos incipientes, más tendencias que cambios asentados. Fenómenos sobre los que es posible actuar eficazmente, si se dispone para ello de la voluntad y de las referencias necesarias, como las que se proponen en este nuevo número de *Cuadernos de Pensamiento Político*, que son las siguientes: “La remasterización de la izquierda antiliberal y el caso de Podemos”, de Manuel Álvarez Tardío; “Aznar en el falso relato del secesionismo catalán”, de Ignacio Martín Blanco; “Rusia y el nuevo (des)orden europeo”, de Mira Milosevich; “Cameron y la reformulación del conservadurismo británico”, de José Ruiz Vicioso; “El programa nuclear iraní. Orgullo nacional, amenaza regional o percepción equivocada”, de Alberto Priego Moreno; “Fukuyama: auge y decadencia de la democracia liberal, de José María Carabante; “Konrad Adenauer: sobre la idea de Europa y el nacionalismo”, de Belén Becerril Atienza; “La actualidad de *Nacionalismo* de Elie Kedourie”, de Ángel Rivero; “¿De qué hablamos cuando hablamos de antisemitismo?”, de Leah Bonnín; “La nueva Lega Nord”, de Jorge del Palacio Martín, y “Boko Haram y las raíces del yihadismo en Nigeria”, de Alessandro Orsini.

Las reseñas de este número de primavera son las siguientes: *La historia es un árbol de historias* (Jordi Canal), por Carlos Dardé; *Leones contra Dioses* (John Müller), por Pilar Marcos; *Strategy. A History* (Lawrence Freedman), por Antonio R. Rubio Plo; *Seguridad nacional, amenazas y respuestas* (Luis de la Corte Ibáñez, José María Blanco Navarro, coordinadores), por Gabriel Cortina; *Pensamiento impolítico contemporáneo* (Alfonso Galindo Hervás), por Enrique Ujaldón; y *El fin del nacionalismo. Y otros escritos y discursos sobre la construcción europea* (Konrad Adenauer), por Pablo Guerrero.